

COLECCIÓN HISPANIOLA, 25
PAISAJES MÁS ALLÁ DEL PLACER

© De los textos, Felipe Díaz Pardo

© Confluencias, 2020

www.editorialconfluencias.com

Diseño y maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Impreso en España

ISBN: ...

Depósito legal: ...

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

FELIPE
DÍAZ PARDO

PAISAJES MÁS ALLÁ
DEL PLACER

(Crónica del viajero escéptico)


CONFLUENCIAS
EDITORIAL

*El andar las tierras
y comunicar con diversas gentes
hace a los hombres discretos.*

Miguel de Cervantes
El coloquio de los perros

*La persona inteligente viaja para
enriquecer después su vida en los días
sedentarios, que son más numerosos.*

Enrique Larreta

ÍNDICE (PENDIENTE)

VIAJAR ES UN PLACER (O NO)	21
----------------------------	----

PRIMERA PARTE

PAISAJES FRONTERIZOS

República Checa: La apacible hospitalidad	27
Eslovaquia: Un país de cuento	43
Polonia: El frío como forma de vida	61
Francia: La inflexible elegancia	69
Portugal: Un río conocido, con vistas al mar	85
Marruecos: La exótica cercanía	91

SEGUNDA PARTE
PAISAJES MÁS ALLÁ DE LA FRONTERA

Argentina: el elegante contraste	109
Uruguay: La suave tranquilidad de las olas quietas	139
Chile: La calma andina	149
República dominicana: El paraíso de la exuberancia.	165
Ecuador: La belleza de la altitud	179
Colombia: Color y música	189

VIAJAR ES UN PLACER (O NO)

Siempre ha habido viajeros, y la mayoría, supongo que por goce y disfrute de conocer otros lugares, otros mundos diferentes al suyo. Viajar es, a priori, y también a posteriori, una actividad que engrandece el alma del que viaje y aumenta nuestro entendimiento. Aprendemos a comprender mejor la diversidad que nos rodea, a no despreciar todo aquello que ignoramos, nos hace más comprensivos. Y nos desprendemos de parte de nuestra ignorancia, gracias a la información geográfica, social, cultural o de cualquier tipo que vamos almacenando en nuestro pensamiento.

No obstante, viajar no tiene por qué ser un entretenimiento que siempre nos agrada. Es más, a veces no es una actividad que realicemos en nuestro tiempo de ocio o en nuestras vacaciones. Digámoselo a los representantes de comercio y antiguos vendedores de enciclopedias; o a los camioneros, pilotos de avión, azafatas y demás profesionales del trasiego humano. Habrá quien se sienta cómodo en su entorno habitual y no necesite aventuras que le hagan sentirse vivo de otra forma; habrá a

quien los preparativos del viaje le desequilibren emocionalmente y que la incertidumbre o angustia que producen los retrasos de horarios de los aviones, trenes y autobuses, las posibles incidencias en los hoteles o cualquier imprevisto que pudiera producirse le ponga nervioso y le suponga un pánico difícil de superar. En definitiva, todos somos muy libres de elegir nuestras distracciones y maneras de diversión y, además, no hay razones que justifiquen la mitificación ni la desacreditación del viaje.

Es justo decir también que, gracias a los viajeros que a lo largo de la historia han contado sus experiencias, muchos lectores han podido descubrir otros mundos sin moverse del sillón de su casa. Ahí tenemos a Marco Polo, por ejemplo, del que sabemos de sus andanzas por Oriente gracias a Rustichello de Pisa, con quien se encontró en una cárcel genovesa, y se empeñó en contar las aventuras del amigo. Y antes Heródoto, quien gracias a su alma viajera obtuvo material suficiente para inventar los hechos históricos que incluyó en su obra; y después Stefan Zweig, que no solo se hizo famoso escribiendo apasionantes biografías. Y si nos ponemos a fantasear, nos encontramos con el mismísimo Julio Verne, quien además de hacernos recorrer todos los rincones de la Tierra durante ochenta días, nos llevó incluso a la Luna y a los fondos marinos con el siniestro capitán Nemo.

El viaje en todas sus vertientes, en definitiva, es riqueza y apertura de miras. Por eso, mi empeño, tan humilde como apasionante, por encerrar en unas cuantas páginas todo lo que he descubierto y aprendido en los últimos años viajando por distintos lugares, debido a la profesión a que me dedico y que me hace visitar centros educativos en el extranjero, tanto propios de nuestro

país como ajenos. Y más meritorio aún dicho afán si confieso mi poco entusiasmo por el peregrinaje, apatía que se acrecienta cuando la actividad viajera se realiza por obligación.

Un consuelo, sin embargo, siempre encuentro al iniciar los preparativos para la marcha. Y es el saber, con la seguridad que me proporciona la experiencia, que a la alegría de la vuelta y de comprobar una vez más las magnificencias de nuestro país, se suma la de haber conocido siempre algo nuevo, la de topar siempre con personas extraordinarias, tanto en el plano profesional como en el personal.

Por otra parte, el viaje también ayuda a cultivar, practicar o ensanchar los límites de nuestras aficiones. En mi caso, el gusto por la literatura me hace siempre buscar historias y escritores que por todas partes existen. Así que, siempre que pueda, dejaré una puerta abierta para aquellos autores que, de una u otra forma, me vaya encontrando allá donde recale; y recordaré otros escritores más nuestros, que, asimismo y de una u otra manera también, tengan relación con lo que vaya contando aquí.

Demos por buenas, por tanto, todas mis reticencias si el resultado es, como digo, tan fructífero que haga olvidar al viajero escéptico que soy los temores y las incomodidades, siempre recompensados con el placer que proporcionan los nuevos horizontes.

Madrid, diciembre de 2019.

PRIMERA PARTE
PAISAJES FRONTERIZOS

REPÚBLICA CHECA

LA APACIBLE HOSPITALIDAD

Mi aventura viajera en esta nueva etapa profesional me hizo recalar pronto a la República Checa, lo que conllevó las consecuencias propias de la inexperiencia. Y la primera novatada fue el acarreo durante todos los días del periplo de un equipaje excesivo, pesado y voluminoso. El tiempo y la maestría que aporta la vida errante me han proporcionado la destreza suficiente para componer una maleta con los elementos más o menos justos para la travesía, aunque siempre sobra alguno que no eliminamos ante el temor por los imprevistos. Fueron dos semanas de constante trasiego en las que el avión, el tren y el autocar se convirtieron en espacios habituales donde todo se mueve y te hacen cambiar el paisaje sin apenas notarlo.

Tras una breve escala en Praga, mi primer destino fue České Budějovice, la capital de la Bohemia Meridional y la ciudad más poblada de la región con cerca de cien mil habitantes. Su denominación alemana, Budweis, da

nombre, precisamente —como la ciudad de Pilsen, otra de las ciudades checas, a un tipo de cerveza— a Budweiser, una de las más conocidas marcas de esta bebida en el mundo. Tras llegar al hotel, cercano a las orillas de los apacibles ríos Malse y Moldava, y depositar mis pertenencias, ya bien entrada la tarde, pronto me encontré instalado en otro mundo que hasta entonces desconocía, acostumbrado a los espacios urbanos modernos de la gran ciudad y sin historia alguna, en muchos casos. Allí, las casas medievales, renacentistas y barrocas te trasladan a otras épocas, impresión que se completó a la mañana siguiente cuando, a primerísima hora, me vi cruzando un mercado entre un bullicio que parecía llevar allí varias horas y donde los tenderos y la mercancía que allí se vendía hacían pensar en otras épocas de la historia, cuando las transacciones se hacían por necesidad y no por el puro placer, o vicio, de consumir.

Ese estado de perfecta conservación de lo antiguo también lo pude observar en el recinto educativo al que acudí para realizar el trabajo que ahora me llevaba hasta allí. Mi falta de perspectiva y de términos de comparación, por aquel entonces, me hacía ser incrédulo ante lo que veía. No podía entender cómo edificios tan vetustos y señoriales, testigos de siglos pasados y de tanto trasiego histórico, podían permanecer aún en pie y en perfectas condiciones de uso y habitabilidad, sin que alumnos salvajes e incivilizados, como había conocido en mis tiempos de docente y director en los centros españoles, no hubieran emprendido una campaña de destrucción, al modo de los antiguos pueblos bárbaros, de todo lo que se encontraran a su paso. No podía concebir que dispensadores de jabón en los baños o extintores para el fuego en los pasillos o azulejos y baldosas centena-

rias se mantuvieran todavía incólumes. Tampoco podía creerme ese orden y silencio reverencial, casi sepulcral que se respiraba por pasillos y escaleras, espacios que en muchos institutos de nuestro país constituyen, o constituían hasta hace bien poco, un auténtico campo de batalla en los recreos y cambios de clase. El tiempo y los viajes me han permitido asumir con normalidad esta nueva realidad, que yo creía inexistente.

Esa elegante y cuidada vetustez, a la que los españoles no estamos acostumbrados, pues antes que conservar lo que ya tenemos sustituimos lo deteriorado por algo nuevo, se apreciaba en otros lugares de las ciudades por donde pasaba, a veces sobrepasando el límite de lo razonable, todo hay que decirlo. Así, en Olomouc, ciudad de Moravia, al este del país y mi siguiente destino en este primer viaje, junto a sus plazas y a sus fuentes, de espléndida y monumentalidad belleza barroca, como se apreciaba en la Columna de la Santísima Trinidad, construida en 1740, al final de una epidemia de peste, encontramos unos semáforos decrepitos que cuelgan en las calles, de pared a pared, sujetos por cables, y atormentan al viandante con su ruido mecánico y machacón cada vez que se ponen en verde.

Esa misma caducidad encontré en la estación de tren de la maravillosa Brno, la tercera de las ciudades visitadas en este periplo. Al entrar en ella, retrocedemos varios decenios hasta situarnos en una película de suspense de los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, donde el misterio asomaba por cualquiera de las esquinas. Allí, los paneles informativos sobre la salida de los trenes aún no conocen las nuevas tecnologías y mueven las cifras con un incesante parpadeo de los números, que van cam-

biando con insistencia nerviosa a cada momento. Tampoco existen allí escaleras mecánicas ni otros medios de accesibilidad que alivien al viajero de la pesada carga de las maletas durante el transporte del equipaje por los andenes ni al discapacitado del sufrimiento que le supone moverse por sitio tan incómodo. En fin, modernidad y decadencia conviven con total normalidad en estas bonitas ciudades del Este de Europa.

Los exámenes de Maturita, con los que los alumnos checos finalizan sus estudios de secundaria y, por tanto, su estancia en el Gymnázium, constituyen toda una ceremonia. El día en que estas pruebas comienzan, alumnos y profesores exhiben sus mejores galas. Los alumnos y profesores llegan trajeados y las alumnas y profesoras lucen vestidos de encaje y telas vaporosas. Días antes del evento existe la tradición de exponer en alguno de los escaparates de los comercios de la localidad los retratos de los alumnos de la promoción de ese curso, a modo de orla, para lo cual se elige un motivo o tema con el que disfrazarse para la ocasión. Todo el proceso finaliza, días después, con algún acto más solemne, en el que se entregan los certificados en el ayuntamiento y con la recepción de los profesores españoles en la Embajada de España en Praga. Como decimos, todo un ritual que, sin duda, da valor a la labor educativa de España más allá de nuestras fronteras y que se dulcifica y se hace más agradable gracias al papel anfitrión de los alumnos del curso anterior al de los examinandos. Estos preparan, en una de las aulas contiguas, un surtido de embutidos, frutas y pasteles con los que aliviar la dura jornada de

los examinadores quienes, de tanto en tanto, salen unos minutos a reponer fuerzas.

La amabilidad y buena disposición de todo el centro es algo obligado y todo se encuentra dispuesto para un acto tan solemne. La apertura de estas jornadas de exámenes comienza con la presencia frente a los miembros del tribunal de todos los candidatos para la obtención del título. El director del establecimiento, arropado por los examinadores, dedica unas palabras a los alumnos antes de empezar la prueba, que consiste en distintas exposiciones orales, para las cuales los participantes disponen de unos minutos de preparación, tras elegir el tema que les ha tocado en suerte. Una vez llegado el momento de la verdad, los candidatos van dando cuenta de su saber delante de su profesor, que le va interpellando y dialogando con él sobre la materia en cuestión y ante la atenta mirada de los demás miembros de la comisión evaluadora.

Es bueno y necesario para alguien ajeno a la dinámica de los sistemas educativos diferentes al nuestro presenciar estos momentos. Allí, al alumno no se le examina sobre lo que no sabe, sino sobre lo que sabe. Allí no se le penaliza por sus fallos, sino que se procura extraer de él todo lo que ha aprendido. No en vano, su profesor también se siente examinado y el éxito de su alumno es su propio éxito. A este respecto, recuerdo una breve conversación, mantenida hace ya muchos años en mi etapa de docente, con un compañero que, en relación con los resultados de la antigua prueba de Selectividad, me comentó, con cierto tono displicente, propio de él, que «los que se examinan son ellos y no yo», refiriéndose a sus pupilos. Pues bien, las cosas están cambiando

para bien y una manera de abrir nuestra mente es descubrir otros mundos, en este caso educativos.

Y, en este sentido, hemos de reconocer méritos a nuestro sistema educativo actual, como, por ejemplo, el de alto grado de atención que, en nuestro país, se dispensa a la atención a la diversidad de nuestros alumnos. A esta conclusión he llegado durante aquella estancia por tierras checas, tras breves conversaciones en los descansos con los profesores del lugar y al observar la organización de sus centros. En concreto, en una de esas comidas de mitad del día en que se hace una pausa para reponer fuerzas y continuar después con los exámenes, pregunté a la coordinadora checa del programa —por hablar de algo— por la figura del orientador o psicólogo que tratara a los alumnos con problemas o dificultades de aprendizaje. La inexpresividad de su rostro daba cuenta de su ignorancia sobre el tema, pues, según ellos, no contaban con escolares que presentaran carencia o necesidades de atención específica. Sirva esta reflexión para deshacernos de complejos y valoremos nuestros logros en el campo educativo como se merecen cuando se producen.

Volvamos a la narración que nos ocupaba: después de una primera tanda de cuatro o cinco alumnos examinados, se les daba audiencia con la misma ceremonia del principio, para recibir de boca del presidente del tribunal, la comunicación de las calificaciones obtenidas.

—Fulanito de tal, Zeměpis (Geografía), výborný (1); Chemie (Química), chválitebrý (2); Dějepis (Historia), dobrý (3); Španělský jazyk (idioma español), výborný...

Una vez cantadas todas las notas, que cada alumno recibe con gestos de alegría, pesadumbre o, simplemente,

alivio, los examinadores componemos una fila ordenada para pasar a saludar protocolariamente y felicitar a los recién graduados. Es en este momento, y siendo la primera vez en que me encuentro con esta formalidad, cuando meto la pata en mi forma de expresar la enhorabuena, tan normal en un español, como es la de plantar dos besos, uno en cada mejilla, a la primera de las alumnas que felicito. De pronto, noto, a modo de resorte, un gesto hierático e inmovilizador en todo su cuerpo que me asusta. Su mirada paralizada mirando al frente y sus pupilas, casi en estado de shock, me hace pensar que posiblemente he llevado a cabo el más horrendo de los crímenes hacia el género femenino. Yo me quedo quieto también, ante tan inusitada respuesta, mientras intento buscar la forma de salir del embrollo lo antes posible, con la enseñanza aprendida de que cada país es un mundo, nunca mejor dicho. A partir de ese día, nunca más se me ocurre besar, con total inocencia, a una mujer del Este de Europa, sin su consentimiento expreso o sin que ella haya mostrado con anterioridad signos de tal muestra efusiva.

Fuera de esta anécdota, las demás jornadas de exámenes culminan el último día, cuando todos los alumnos acuden de nuevo a recibir su certificado provisional, expedido por las autoridades españolas, que acredita la obtención de nuestro bachillerato. A cambio, los alumnos, agradecidos siempre, aparecen con ramos de flores y algún otro detalle de gratitud, con que obsequiar a quienes les hemos juzgados durante esos días. Ese interés por España queda patente también al ver el entusiasmo y el esfuerzo que dedican al certamen que cada año tiene lugar y en el que participan todas las secciones españolas del país, representando una pieza teatral de